

SERMON

DE SAN PEDRO,

predicado en la ciudad de Loxa á la
Hermandad de Sacerdotes.

Año 1780.

Ego autem rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos. Luc. XXII.

Yo he rogado por tí para que no falte tu fe, y tú en algun tiempo convertido, confirma á tus hermanos.

Asi habla, señores Sacerdotes, congreso ilustre de varones sabios y perfectos, asi habla Jesu Christo al Príncipe de sus Apóstoles, para darle á

entender la misericordia con que lo sostendria en su caída, y la fortaleza que le infundiria en su conversion, para que no faltase finalmente á la fe, y fuese capaz de confirmar en ella á sus hermanos. Palabras adorables, que al paso que descubren la fragilidad humana en la persona de Pedro, manifiestan la soberana clemencia de nuestro Salvador, y la invencible fuerza de su gracia. Palabras que humillan á Pedro, al tiempo mismo que lo ensalzan; pues de una parte hacen ver su propia flaqueza, y de otra su zelo y su constancia por defender los derechos inviolables de la Iglesia, que fundada sobre esta piedra, prevalecerá siempre de los ataques de sus enemigos. Palabras, que sin dexar de hacer temblar á los justos, deben infundir confianza al pecador. Palabras en fin, que anunciando la caída y conversion de Pedro, abaten la presuncion al mismo tiempo que

erigen la esperanza del hombre.

¿ Mas qué hago , señores ? ¿ Para elogiar al Príncipe de los Apóstoles y primer Vicario de Jesu Christo sobre la tierra empiezo por su caída ? Nada mas oportuno , dicen S. Agustín y S. Bernardo , porque así reluce mas la sabia economía de Dios , que elige para columnas de su Iglesia un apóstata en la persona de Pedro , y un terrible perseguidor en la de Paulo. Queriendo pues unir al elogio de S. Pedro vuestra propia instruccion , que es el fin principal de mi ministerio , os haré ver su caída como un objeto de temor para el justo , y su conversion como un motivo de confianza para el pecador : dos breves reflexiones que dividen justamente la materia , dignas de esta cátedra , objeto de vuestras atenciones y de mis débiles conatos. Mas para hablar dignamente del Príncipe de la Iglesia , imploremos las luces del Espíritu Santo , que la anima y la sostiene :

y para obtenerla saludemos humildes á María Santísima , diciéndola con el ángel. *AVE MARÍA.*

Ego autem rogavi pro te &c.

Si examinamos los evangelios y hechos de los Apóstoles , admiraremos en Pedro las mas felices disposiciones para permanecer fiel siempre á su Maestro. No hablo de los vanos títulos de nobleza y sabiduría mundana que tanto el siglo aprecia , y que solo sirven de inflar y llenar de orgullo el corazon. Nadie ignora que Pedro era un miserable pescador , rudo , ignorante y bárbaro , como lo llama el Chrisóstomo. Hablo de aquellas disposiciones sobrenaturales con que Dios le habia preparado para el sublime grado que debia ocupar en su Iglesia , y que él mas de una vez habia manifestado ; quiero

decir, una fe viva, una pronta obediencia, una rendida humildad, una admirable confianza, y un ardiente amor á Jesu Christo.

En efecto, si éste le pregunta ¿quién es el Hijo del Hombre? responde sin dilacion: tú eres Christo Hijo de Dios vivo. Si le manda que dexé las redes y le siga, inmediatamente lo executa. Si le ordena marchar sobre las aguas, obedece luego al punto. Si echa la red en nombre de Jesu Christo, y saca tan gran multitud de peces, puesto de rodillas en su presencia, protesta ser indigno de que á favor suyo obre el Señor semejantes prodigios. Si Jesu Christo va á lavarle los pies, empieza lleno de confusion á rehusarlo; mas apenas le amenaza con la exclusion de su reyno, no solo ofrece prontamente los pies, sino las manos tambien y la cabeza. Si le pregunta si le ama, hace las mas vivas protestas de la sinceridad de su amor. Si Jesu Christo, en

fin, le manifiesta que se acerca la hora en que uno de sus discípulos le entregue en manos de sus enemigos, ¿con qué generosidad promete perder antes la vida que negar á su Maestro? ¿Pero qué mucho? ¿no le vimos en el huerto defenderle con la espada en la mano? ¡Qué intrepidez de corazon! ¡qué magnanimidad! ¡qué bellas disposiciones de fidelidad, y qué poco frequentes entre los mortales!

Jesu Christo sin embargo anuncia á Pedro su caida, y este fervoroso Apóstol (¿quién lo creyera, señores?) que poco antes ostentaba tanto amor á su Maestro, cede en el primer combate; y el que acababa de defenderle con tanta intrepidez no duda negarle abiertamente á la voz de una criada: y añadiendo á la pregunta una mentira, á la mentira un juramento, al juramento un sacrilegio, de cabeza del Apostolado quedó convertido en un pérfido apóstata. ¡O mi Dios! ¿asi flaquean los cedros

poderosos del líbano? Pedro, este hombre, testigo de vuestros mayores milagros, que ha oído sobre el Jordan la voz del Padre celestial, declarándoos su Hijo muy amado, que ha visto sobre el Tabór los resplandores de vuestra gloria; Pedro, destinado á ocupar un trono superior á todos los del mundo; Pedro, fundamento de vuestra Iglesia, despues de la piedra angular que sois Vos mismo, y que os ha confesado Hijo de Dios vivo, ¿os niega ahora, y jura que no os conoce? ¡ó miseria de la flaqueza humana!

Temblad y estremeceos, señores. No hablo con los desertores de la moral de Jesu Christo, y mundanos de profesion, á quienes horroriza mas la imágen del Salvador, que á los filisteos la presencia del arca. Estos no estan ahora en tiempo de conocer lo que yo digo. Llegará el día de la ira, quando Jesu Christo quebrante su dura cervíz, y los haga ro-

dar á los pies de su trono, para destinarlos á un oprobrio eterno; y entonces, entonces conocerán inútilmente el peso de estas verdades, y lo torcido de sus sendas. Hablo con vosotros los que os gloriais de discípulos de la cruz, y que en medio del tumulto del siglo haceis profesion de seguir los caminos de la justicia christiana, exercitándoos en las virtudes, en el amor de Dios, en la piedad y en la caridad con vuestros hermanos; á vosotros pues digo en nombre de Jesu Christo, temblad y estremeceos, no sea que alguna vana confianza en vuestros méritos os haga caer como al ángel de tinieblas: temed que alguna vana presuncion convierta vuestros ejercicios de piedad en virtudes farisáicas: temblad y humillaos, no sea que contando solo con vuestras disposiciones de fidelidad al Salvador, incurrais finalmente en la apostasia de Pedro. El que juzga pues estar en pie, procure

no caer, como dice el Apóstol: el justo, el santo, justifiquese y santifiquese aún, segun el oráculo de Jesu Christo, pues por mas perfecto que sea, no hay precipicio en que no pueda caer.

Verdad terrible, como se explica un sabio, pero verdad constante, que nos pone á la vista la negacion de Pedro, y la caida de otros héroes del christianismo, aun en los tiempos primitivos. ¿ Quántos anacoretas no han sido pervertidos en el mismo desierto? ¿ quántos Sacerdotes de Dios vivo no han profanado el Santuario? ¿ quántos Santos por algun tiempo no han degenerado en otros tantos demonios? ¿ Qué de jóvenes no hemos visto obedientes desde sus primeros años á sus padres, dóciles á los Sacerdotes, freqüentes en los templos, y separados de las malas compañías, abandonados despues á todo género de vicios, sin freno, sin piedad y sin religion? ¿ Qué de doncellas dotadas

hasta cierto tiempo de sentimientos de modestia, y desprendidas de las vanidades del siglo, no hemos visto despues entregadas al luxo, rodeadas de jóvenes lascivos, desfigurando y adulterando la imágen de Dios, como un Padre se explica, pintando en el tocador sus ojos y su rostro, á imitacion de la impía Jezabel, y de la infame Cleopatra, y adornando sus cabezas á manera de templo, como nos las representa David, solo sirven de lazo á los incautos, y de escándalo á los pueblos; convertidas en Julias, Mesalinas y Popeas, las que esperá- bamos ver como otras tantas Eustóquios, Eulalias y Melanias? ¿ Qué de ilustres matronas piadosas, durante el sagrado vínculo del matrimonio, ocupadas en la buena educacion de sus hijos, y direccion de su familia, no hemos visto en el tiempo de su viudez abandonadas á excesos vergonzosos, y postradas por tierra como torres de Danais, las que juz-

gábamos serian otras tantas Paulas, Heduvigis é Isabelas?

¿Mas á qué fin los exemplos extraños, quando tenemos á la vista la caída de Pedro, á pesar de su vivefe y de su ardiente amor á Jesu Christo? ¿O ciega presuncion de los mortales! exclama aqui un célebre orador de nuestro siglo; ¿qué lamentables triunfos no has conseguido en todos tiempos de muchas almas heróycas! El justo, añade, empieza á dexarlo de ser en el punto mismo en que comienza á ser presuntuoso; los peligros que se aman y se buscan traen consigo la ruina; y la mano de Dios que nos sostiene en las tentaciones que misericordiosamente nos ofrece para probarnos, nos abandona de ordinario en las que nosotros con temeridad buscamos. Yo veo al justo Joseph triunfar de todos los esfuerzos y atractivos de una muger lasciva y desenvuelta, y al mismo tiempo veo ceder

á una sola mirada sobre Bersabé al mayor de los Monarcas de Israel, formado á medida del corazon de Dios; y faltar á la fidelidad debida á su Maestro, el Príncipe de los Apóstoles, á la sola voz de una criada.

¿De dónde, os ruego, una diferencia tan notable? De que á Joseph, en sentir de los Padres, le queria Dios en el palacio de Faraon, á beneficio de su pueblo; y David reposaba en su casa, quando el Señor queria estuviese baxo las tiendas de campaña, y á la frente de sus exercitos, contra los enemigos de su nombre. Pedro igualmente, á quien un temor saludable debia conducir al retiro y á la fuga, confiando de sí mismo, se mezcla con los enemigos de Jesu Christo, penetra hasta el palacio de los grandes, y viene á ser débil donde creyó ser fuerte, desconociendo á su Maestro donde juzgaba defenderle. Eterno monumento de la debilidad del hombre que

presume y fia de sí mismo, y glorioso trofeo erigido á la infinita bondad del Salvador, que sabe reparar con ventajas una tan gran ruina. "Reflexemos sobre la penitencia de Pedro, que nos inspira igual motivo de confianza que de temor su caída." Se-guidme atentós.

II. Aun los pecados de los electos, dice S. Agustin, entran en el orden de su predestinacion; porque si Dios permite el mal de sus faltas, es para sacar de ellas el bien de la penitencia. En efecto, como las grandes virtudes deben ser apoyadas sobre una profunda humildad, es conveniente á veces que la confusion misma que nace del pecado nos haga entrar en sentimientos de humildad, de que tal vez careceriamos; conservando siempre la inocencia. Por manera, que se puede decir del pecado de S. Pedro lo que la Iglesia canta del de Adán, que fué una culpa feliz, porque el grande Apóstol

la reparó con usura, como el mismo Padre se explica, y ademas, la providencia sacó de ella considerables ventajas.

Jesu Christo mira á Pedro; Qué prontitud en seguir las inspiraciones de su gracia! Para convertir á la Magdalena, le oimos predicar; para apartar de sus desórdenes á la Samaritana, conferencia largo espacio con ella; á S. Mateo, para separarle del telonio, manda que le siga; y para contener á Saulo de la persecucion que intentaba contra la Iglesia, le aterra con su voz, y le derriba del caballo en el camino de Damasco. Mas para convertir á Pedro, no hace mas que mirarle; y si le habla, dice S. Gregorio, es solo con la voz de sus ojos. Ni es menos admirable, segun el Chrisóstomo, la fuerza de la gracia que llama á este Apóstol, que la docilidad y obediencia con que él responde al auxilio.

A la mirada pues de su Maestro,

reflexiona Pedro sobre sí mismo; y se reconoce como otro Adán, desnudo de justicia despues del pecado. Se acuerda que su Salvador no ha venido á llamar justos, sino pecadores, y que no los sanos, sino los enfermos deben ser curados por este Médico omnipotente. Esta memoria saludable le infunde aborrecimiento del pecado, anima su confianza: sale del átrio del Pontífice, y empieza á llorar amargamente su culpa. Como Jesu Christo le habia hablado con los ojos, Pedro, dice S. Ambrosio, se sirve para responderle del idioma abreviado de sus lágrimas, que encierran todos los sentimientos del dolor que exprimen, ¡ Lágrimas felices, exclama S. Gregorio, cuya voz sube en un momento á la presencia de Dios, por mas apartado que haya estado de él el pecador contrito que las derrama! ¡ lágrimas saludables, que borrásteis tan gran crimen! ¡ lágrimas dulces, que obtuvisteis la

amistad de Dios! ¡ lágrimas continuas, que acompañásteis á Pedro hasta el fin de su vida, y hasta mezclaros con su propia sangre para vengar á un Dios ofendido! ¡ lágrimas penitentes, qué revolucion no movisteis en el corazón de Pedro! ¡ qué sólidas ventajas no atraxisteis á la Iglesia!

Su caída, dice un sabio, fué obra de la fragilidad y presuncion humana; pero su apostolado y su martirio es un maravilloso efecto de la gracia omnipotente del Salvador. No fue la carne ni la sangre quien le reveló las grandezas del Mesías, sino el Padre celestial. Un amor de Dios generoso, un zelo ardiente de su honra y gloria, le ponen en estado de ser el firme fundamento sobre que Jesu Christo se dignó apoyar su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. ¡ Que no pueda yo detenerme á mostraros con extension el zelo de Pedro, y su infatigable constancia en defender la Divinidad de Jesu Chris-

to, y los inviolables derechos de su inmaculada Esposa! Aqui le vemos congregarse en medio de Jerusalem, hasta cinco mil personas, para reprehenderles la muerte del Justo; y anunciándoles su Divinidad y su gloriosa resurreccion, como gaje de la nuestra, los conmueve, los convierte, y hace la primera conquista de la Iglesia, que se le habia encomendado; alli, despues de haber hecho el milagro de la puerta del templo, atribuye públicamente toda la gloria á Jesu Christo; aqui se presenta á los tribunales, y confiesa al Salvador delante de los Magistrados, sin temor de sus amenazas; y fundado sobre la gran máxima de que es primero obedecer á Dios que á los hombres, se expone lleno de gozo á la prision, á los azotes, y á toda suerte de ignominias; alli, á manera de una nube benéfica que lleva la fertilidad con su riego á las campiñas más secas, le vemos llevar el

nombre de Jesu Christo por toda la tierra, derramando la gracia del evangelio en el corazon de las naciones, que yacian en tinieblas y en las sombras de la muerte; aqui á semejanza de aquellos ángeles que vió el Profeta Isaiás volar á los pueblos infieles, penetra con pasos de gigante en la Galacia, la Bitinia, la Capadocia, para predicar á los Judíos dispersos en estas vastas regiones; y como si se multiplicase en su presencia, le vimos en poco tiempo ya en Jerusalem, ya en Corinto, ya en Antioquia, ya en Roma, esta capital del mundo, que de maestra del error, como un Padre se explica, vino á ser por el zelo de Pedro discipula de la verdad y centro de la unidad christiana.

¿Pero qué digo? Pedro devora en sus deseos la conversion de todo el mundo, manchado con horrendos crímenes; y escogiendo para este fin varones llenos del espíritu de Dios,

acomete la conquista del universo, y establece otras tantas colonias, quantos son los reynos de la tierra. ¡Quánta gloria, ó España! no debes al zelo de Pedro, bien sea santificándote con sus plantas, como algunos quieren, ó bien visitándote (lo que no tiene duda) por medio de los siete apóstólicos que plantaron la fe de Jesu Christo en tus dilatadas provincias! ¡O, si tú, reyno de Granada, supieses agradecer el singular beneficio que Pedro os hizo en haberos enviado á vuestro Apóstol Cecilio á instruiros en la religion, estableciendo desde los tiempos primitivos vuestra Iglesia, que unida á la cátedra infalible de Pedro, ha permanecido fiel en todas las edades!

Mas no nos detengamos, señores. Pedro debía cumplir con el encargo de Jesu Christo, de confirmar á sus hermanos en la fe, para lo qual le estableció sobre una cátedra infalible en materia de religion y de costum-

bres, contra la qual jamas prevalecerán las puertas del abismo. En vano pues Simon Mago se esfuerza á seducir los pueblos: Pedro que le habia humillado antes en Samaría, descubre ahora en Roma sus necias imposturas y pretendidos milagros, haciéndole precipitarse desde los ayres, y ser un vil juguete de todo el pueblo. En vano Neron pretende extinguir en su cuna la religion católica, rociando todo su Imperio con la sangre de innumerables Mártires. En vano sacrifica á Pedro para asegurar su ruina. Este anciano venerable se ofrece gozoso á las prisiones y al suplicio, y lleno de amor á Jesu Christo, espira sobre una cruz, ofreciendo con su sangre el mas illustre testimonio de la Divinidad de su Maestro. Él muere por la fe, pero vive aún en la série no interrumpida de soberanos Pontífices, cuyo imperio, por mas que el infierno contra él se conjure, ha de permanecer constante.

Pereció el de los Asirios, el de los Medos, Babilonios, Griegos, Cartagineses y Romanos, la cátedra de Pedro subsiste hasta la consumacion de los siglos, pues aunque la crueldad de Neron le privó de la vida corporal, su espíritu siempre vive y vivirá en el Pastor supremo de la Iglesia: en éste oímos su voz, y respetamos su autoridad: éste, como legítimo sucesor de Pedro en el Principado de la Iglesia, y Vicario de Jesu Christo, nos dirige en las costumbres y nos confirma en la fe, conforme al oráculo de nuestro Salvador.

Mas no olvidemos, señores, lo que me propuse al principio; conviene á saber, que así como la caída de Pedro debe infundir un saludable temor, hasta en los mismos justos, así tambien su confesion y penitencia debe animar la confianza del mayor pecador, de esperar su conversion y el perdon de sus cul-

pas, si corresponde fiel á las inspiraciones de la gracia. Verdad eterna y llena de consuelo para nosotros, en cuya comprobacion podria dilatar me, presentándoos innumerables exemplos, si no temiera abusar de vuestra benevolencia. Baste decir para alentar vuestra confianza, que la mano de Dios que convirtió á Pedro no está ligada ni abreviada para nosotros; que la mirada compasiva que Jesu Christo arrojó sobre este Apóstol, no nos está negada; finalmente, que si correspondemos á las suaves inspiraciones de su gracia, está pronto á recibirnos con los brazos abiertos como Padre. Escuchad pues la voz interior de esta gracia, que con frecuencia nos llama: con ella lo podemos todo. No digais como Cain, mayor es mi pecado que la misericordia del Señor: no desesperéis como Saúl, como Antíoco, como Judas. No, hermanos míos, no hay pecado irremisible, y mien-

tras vivís sobre la tierra, está Dios pronto á admitiros á su gracia, si volveis verdaderamente arrepentidos á imitacion del hijo pródigo. Si habeis imitado á Pedro en la culpa, imitadle en su penitencia, en su amor á Jesu Christo, y en su zelo por defender su honra y los inviolables derechos de la Iglesia.

Y vosotros, señores Sacerdotes, á quienes he tenido el honor de anunciar hoy la divina palabra, tomad parte, os ruego, en los intereses de esta augusta Madre, inseparables de los nuestros. Vosotros sois los dispensadores de los misterios de Dios, los maestros y encargados del pueblo christiano, que el Señor ha confiado á vuestra direccion y zelo. ¿Qué respondereis en el dia de la ira al xefe de los pastores, si no habeis conducido bien su rebaño? ¿Si no os habeis presentado como un espejo purísimo á los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres? ¿Si no ha-

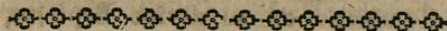
beis trabajado en curar y apacentar las almas? Yo no pido de vosotros Apóstoles que surquen los mares, que penetren las regiones mas remotas é incultas para anunciar el evangelio como Pedro: busco christianos zelosos, que sostengan con su doctrina las conquistas que Pedro adquirió á la Iglesia; que sientan sus pérdidas; que la defiendan de sus enemigos; que respeten sus oráculos; que se interesen en la magnificencia de su culto, en el esplendor de su Santuario, y en la salud espiritual de sus hijos, obligacion esencial que á todos corresponde, principalmente á los Sacerdotes.

Obrad pues todos vuestra salud con miedo y con temor, como dice el Apóstol, pero sin desconfiar de la misericordia del Señor, que es todo bondad y clemencia. Lejos pues de nosotros toda presuncion temeraria: lejos toda desconfianza; extremos criminales, que se oponen directamente

al Espíritu Santo. Por manera, que si la caída de Pedro debe inspiraros un temor saludable para no presumir de vosotros mismos, su conversión debe infundiros una confianza meritoria de volver á la gracia de Jesu Christo, si correspondeis fielmente como él á los auxilios, si llorais como él vuestras culpas, y si como él respectivamente zelais el honor de Dios y de su Iglesia.

Arrojad, Señor, sobre todos nosotros, como sobre Pedro, aquella mirada benéfica y omnipotente que sabe formar hijos de Abraham de las piedras, animadnos del mismo espíritu que á Pedro, para que dóciles y fieles á vuestra gracia, y promoviendo vuestra honra y gloria sobre la tierra, merezcamos gozar en el cielo de vuestra divina presencia. Amen.

DIXE.



SERMON
EN LA PROFESION
DE UNA RELIGIOSA,

predicado en el Convento de Capuchinas de Granada. Año 1781.

*Elegi abjectus esse in domo Dei mei,
magis quam habitare in tabernaculis
peccatorum.* Psalm. 83.

Mas quiero vivir despreciado en la casa de mi Dios, que habitar en los tabernáculos de los pecadores.

Asi habla, sagrado coro de penitentes vírgenes, congreso nobilísimo, sabios y piadosos oyentes, asi habla desde su destierro el Real Profeta,